

Ser, estar, haber.

Alcance de dos afirmaciones

por

N. Ormaechea

La Comisión del «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País» me recuerda el treintenario de la Fundación de la RIEV, y me invita amablemente a adherirme con un artículo al homenaje que proyecta a su Fundador don Julio de Urquijo. Pecaría yo de injusto negándome a ello, y lo que es más, de ingrato para con un maestro a quien no debo más que atenciones, palabras de aliento que conservo muy fijadas en la memoria, orientaciones, en fin, algunas de las cuales he utilizado en los pocos trabajos teóricos que he emprendido acerca de nuestra lengua éuscara. El deseo de don Julio hubiera sido que yo me dedicase preferentemente a cuestiones teóricas; pero me atraía más el camino no menos penoso de los estudios prácticos.

Pensando, para poder pagar de algún modo mi deuda de justicia y gratitud, en unos renglones que pudieran interesar al homenajeado, recuerdo una nota que tomé del «Boletín» que en la actualidad dirige, año II, Cuaderno 3.º, San Sebastián, 1946. Podrá él confirmar o retocar o aún rebatir las ideas que expongo en estas líneas; pero lo que no podrá hacer es dudar del afecto con que van escritas.

Afirmación primera. «Para mí es evidente... que Mr. Georges Lacombe tenía razón cuando decía en su conferencia del *Institut Linguistique de l'Université de Paris* (1937), *Structure de la langue Basque*, que ante todo hay que definir lo que hay que entender por «lengua vasca». Ciertamente—añade—esta expresión es cómoda y hay que continuar empleándola, pero no corresponde a

la realidad. Hubo un tiempo en el que existía un lenguaje uno, sensiblemente uno, de que el vasco o euskara es el representante actual; pero hoy nos encontramos en presencia, en algunos cantones franceses y en cuatro provincias españolas, de un gran número de hablas diferentes unas de otras, hasta el punto de que un bajonavarro oriental del País de Mize, apenas comprende, por ejemplo, a un vizcaíno occidental. Y esta diversidad dialectal es tal, como advierte M. Lacombe, que es imposible enunciar una frase cualquiera, aun de dos palabras solamente, que sea idéntica en todas partes. Y para demostrarlo cita ejemplos de los que sólo recordaré el siguiente, que es curioso. *Somos* se traduce de una docena de maneras, y, tomando las formas que se parecen menos, tendremos *garade* y *gii*, pronunciado *gi* algunas veces; las dos palabras no tienen de común mas que la inicial». (pág. 251). Yo, discípulo rebelde de tantos maestros, tengo que disentir de dos más. Esta afirmación de M. Lacombe (q. e. p. d.) me parece exagerada. Del hecho cierto de que un mizano no entienda a un vizcaíno y viceversa, no es lícito deducir «la imposibilidad de enunciar una frase cualquiera, aun de dos palabras solamente, que sea idéntica *en todas partes*», sino que sea idéntica en Mize y en Vizcaya, aunque también esto es inexacto. Es tan inexacto, que aún en plena Zuberoa encontramos docenas de frases de más de dos palabras que se entienden en Vizcaya. Y para hablar de unidad de lengua, la sintaxis de Vizcaya y de la Sola es la misma, salvo en pormenores, o por lo menos tan una o más que entre el francés y cualquiera de los patúes. El poeta Êtchahun, por ejemplo, no es comprendido, no solo en Vizcaya, sino ni en su vecina la Baja Navarra; pero frases enteras suyas y aún coplas son inteligibles al sentido en todo el País Vasco, incluso en Vizcaya. Escojo tres estrofas de una misma composición:

Jauna, ezagutzen düt Etchahun Barkochen:
 egun oroz nitzozü hullantik ebilten.
 Bethi gazte ezin egonez ari düzü zahartzen,
 Laur-hogoi urthe tizü mundüan hüllantzen:
 bertsetez eztüz süb hanbat orai oküpätzen.

Verdaderamente ininteligibles en Vizcaya no hay más que dos palabras en toda la estrofa, o si se quiere, una sola: *hullantik*, *hullantzen*. Con la particularidad de que *ebilten* es vizcaíno-suletino y no de los demás dialectos.

Bihotzaren erditik egin dizüt irri
zureganik entzütez parabola hori.
Damützen ezpazaio zelüko Jaunari,
behar dizügü eman zumait bertset berri,
eta ber denboran eskiak algarri.

El vizcaíno inteligente, aun iliterato, comprenderá todo el sentido de la copla. Podrá desconocer la palabra *zumait*, algunos, y si se le dice aislada la palabra *eskiak* en vez de *eskuak*, pero no en la frase, y al darse las manos los dos improvisadores. *Eman* es comprendido en Vizcaya por su vecindad con Guipúzcoa, aunque allí se diga *emon*. *Algarri* no es ningún arcano para quien dice *alkarri*.

Lehen zaharretarik nik entzün düt hori:
nurbait ba dela bethi besten bürüzagi.
Nahi balinbadira gure kuntre jarri,
uneski kantatzeko zumait bertset berri,
lotsa gabe gutüzü ororen zerbutchari.

Todo el sentido es perceptible en Vizcaya. Una *u* en vez de una *o*, o una *ü* en vez de una *i*, no son dificultad insuperable para ningún vasco que sabe de antemano que entre las diferencias dialectales las hay a veces pequeñas.

Afirmación segunda. «Otra afirmación curiosa que hace M. Lacombe en su citada conferencia es la siguiente: El verbo *izan* se emplea a la vez en sentido de «ser» y de «haber» (avoir) en cinco de los ocho dialectos vascos. Los otros tres, a imitación del español, han adoptado por «haber» (avoir) *ukhan*, *ekun*, etc., que significaba «tener» (tenir). Tenemos ahí—añade—un nuevo ejemplo de la acción de los idiomas vecinos». (Lug. citado).

Vayamos poquito a poco. Supongo que los cinco de los ocho dialectos serán los peninsulares. Pues bien, ninguno de ellos usa en la actualidad *ukan* en el infinitivo. Es chocante que esa in-

fluencia, supuesta española, no se haya dejado sentir en el infinitivo vasco moderno de la península. El aislado *ekun* de algún documento indica que en época lejana se hizo allí la distinción que en el infinitivo modernamente se ha perdido.

Debiera haber precisado M. Lacombe y atenídose exclusivamente al «nombre verbal o infinitivo» y no decir *verbo* en general sin excluir las formas conjugadas, porque éstas existen en todos nuestros dialectos desde los primeros documentos, con distinción más rigurosa y nunca confundida como sucede, al contrario, en español y en francés.

¿Se quiere que no usemos *ekun*, *ukan* (*un*, *edun*) y que digamos por ejemplo «yo soy solito comer» en vez de «yo he solito comer» o «si yo fuera sabido» en vez de «si yo hubiera sabido»? Así se dice por desgracia (*izan* en vez de *ukan*), salvo en la Baja Navarra, quedando demostrado que la influencia es precisamente de *izan* sobre *ukan*, y no viceversa. En «jan izan dut» la confusión se explica por la atracción del sujeto «nik... dut», no por el *izan* que no tendría sujeto por no ser de modo personal, por ser justamente infinitivo. No es pues cierto que el verbo *izan* se emplee a la vez en sentido de «haber» y de «ser» en ninguna forma conjugada. En francés y en español sí, se confunden no rara vez en la conjugación con auxiliar. El vasco no ha podido ni podrá decir nunca en su lengua «ha muerto», «ha venido», en lugar de «es muerto, es venido», porque ahí están los dos sujetos de clase diferente como dos perpetuos policías que no lo permiten. Imposible decir *nik naiz* o *ni dut*.

En francés antiguo como en patués de hoy, se decía mucho más lógicamente «je serai été, nous étions été». Pero ni francés ni patués pueden decir «je ser-suis» en vez de «je-ser-(h)ai». Se les ha metido el verbo «haber» hasta en lo más íntimo de la conjugación del verbo «ser», v. g. *ser-he*, *ser-hía*, tiempos simples hoy, *seré*, *sería*. El verbo «ser» no se puede conjugar en estos romances por sí mismo, como en vascuence, sin intromisión del verbo «haber». En las gramáticas modernas aparece en primer lugar la conjugación del verbo «haber», porque éste se basta a sí mismo para formar el futuro simple «habré» (*haber-he*), y el condicionado

«habría» (haber-hía). En vasco *izanen naiz* o *izanen nintzake* no han sido invadidos ni pueden serlo, como he dicho, por el verbo *un, edun*, a causa del diferente tipo de sujeto personal, el uno de sufijo cero y el otro de sufijo *-k*.

La división de los auxiliares «ser» y «haber» es, pues, mucho más interna y rigurosa en vascuence que en romance. Y más antigua que en esas y otras lenguas, cuanto que es más antigua la división de los dos sujetos dichos que en ellas no existe. ¡Desgraciado nombre verbal *izan* que los dialectos peninsulares han metido en Laphurdi hasta desterrar el nombre verbal *ukan*! Hasta en la Baja Navarra comienza a sentirse esa invasión, yo creo que interna al territorio nuestro. Quisiera yo ver restablecido en todo el País el uso del *ukan*, sea por influencia española o francesa. ¡Bendita influencia que nos recordaría nuestra antigua manera de hablar!

Con el mismo derecho, es decir, con ninguno, se puede decir que el abuso de *izan* sobre *ukan* es de influencia francesa, pues no ha influido en los dialectos cercanos a Francia como ni el *ukan* en los cercanos a Castilla. El francés *être* ha influido, sí, en el vasco *egon* hasta el punto que lo ha desterrado en los Bajos Pirineos.

No sé si en la conferencia aludida de M. Lacombe o en otros escritos suyos se expondrá también la idea de que el verbo *egon* es moderno y de imitación española. Se la oí repetidas veces de palabra, y éste es el lugar de indicar mi opinión, es decir, que hay influencia de *izan* (*être*) sobre *egon*, que él creía por el contrario usurpación del *egon* sobre el *izan*.

El griego clásico no es tan moderno. Por lo menos es anterior al castellano que se dice haber influido en el vasco. En griego, dejando aparte la existencia de *ístHmi* en su significación primera, los conceptos «estar» y «tener», *egon* y *ukan*, pretendidos modernos, estaban embebidos en el pretérito perfecto y en el futuro perfecto de todos los verbos, causa por la cual se les puede traducir mejor al español y al vasco que al francés. «La fortaleza *está* tomada, la *tenemos* tomada; yo estaré muerto», etc., son frases que coinciden con la relativa antigüedad de esos conceptos en griego. Conceptos digo, y no formas de expresión. Las expresiones españolas y portuguesas que han sustituido en el pasado compuesto

a «he» por «tengo», no indican que ellas no tuviesen el mismo valor significativo. «Jacob *hubo* doce hijos» dejó lugar a la forma *tuvo*, porque perdió su significado primero. Aun hoy adivinamos la diferencia, v. g. hablando de una fiera, entre la frase «la he preso» y entre la antigua concordada «la he presa», la *tengo* presa. Se me puede haber escapado; y entonces no la «he», no la «tengo» presa. Se trata, pues, de una nueva forma de expresión; no de un concepto nuevo.

Por otra parte, el *egon* es más fácilmente eliminable por el *izan* porque tiene la misma clase de sujeto; *ni naiz, ni nago*. El empleo de *egon*, contra la opinión de M. Lacombe, ha sido más antiguo y más general aun en los dialectos continentales. No hay más que abrir las Gramáticas que registran *nago, nagoke, nagozu, nindagon, nindagoke*, etc., contra la forma *zaude*, casi única en el habla de hoy.

Estos son los hechos, pese a las interpretaciones.

Resumiendo:

1) En los dialectos vascos de ambas Navarras, del Labort y de Guipúzcoa, hay suficiente unidad lingüística como para que se llamen plenamente dialectos de una misma lengua. En los de Vizcaya y La Sola (La Soule), hay por lo menos perfecta unidad sintáctica.

2) Ninguno de los dialectos peninsulares—pues se habla de influencia castellana en este punto—usa en la actualidad ni ha usado modernamente el nombre verbal *ukan*.

3) Desde que existen escritos vascos, no solo en tres dialectos, sino en todos ellos existen las «formas conjugadas» de *un* (*edun, eduki, ukan*).

4) Es indispensable la división de los auxiliares *un, izan*, para los verbos subjetivos y objetivos, y es más interna y antigua en vasco que en las lenguas modernas, pues tenemos sujeto diferente para ellos.

5) Es inexacto que el verbo *izan* se emplee a la vez «en sus formas conjugadas» en sentido de *haber* y *ser*. En español y en francés, sí; en vasco, nunca jamás.

6) Ni el español, ni el francés, ni el patués están libres de la

invasión del «haber» en la formación del verbo «ser» (futuro simple y condicionado), y sí en vasco.

7) La influencia en vasco—sea francesa, inglesa, o interna—del *izan* sobre el *ukan* llega a usurpación, verificándose precisamente el fenómeno inverso al señalado por M. Lacombe.

8) Los conceptos de «estar» y de «tener», auxiliares, no son más modernos que el griego clásico.

9) La distinción de *izan* y *egon* existía en los dialectos continentales, como atestiguan las Gramáticas, y estamos asistiendo a su desaparición casi absoluta.
